

¿ POR QUÉ ME BUSCÁIS ?

Terlengiz

“La verdad es que me buscáis, no por los signos que habéis visto, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Esforzaos, no por conseguir el alimento transitorio, sino el permanente, el que da la vida eterna. Este alimento os lo dará el Hijo del hombre, porque Dios, el Padre le ha acreditado con el sello de la autoridad.

Jn 6,26-27.

No hace mucho que hemos celebrado el trigésimo aniversario de la Renovación en España, y no tardando demasiado celebraremos el cuadragésimo, muchos años cargados de experiencias intensas, de bendiciones incontables, de disgustos y malos ratos. Años sin duda, maravillosos, el balance no puede menos que ser muy positivo.

Cuando uno cumple años, no es mala idea sentarse a pensar serenamente en lo que estamos viviendo y haciendo en la Renovación, por eso he iniciado esta reflexión con el pasaje del Evangelio de Juan, que responde un poco a la pregunta del encabezamiento; ¿por qué me buscáis? O tal vez mas concreta; ¿qué buscas en la Renovación?

Muchos seguían a Jesús fascinados por sus milagros y prodigios, el Evangelista Juan, huye de la palabra milagro y la sustituye por una mucho mas sugerente; signos, nos quiere decir algo que a veces olvidamos, el milagro, el hecho extraordinario, no es lo importante, sino lo que este signo señala, eso es lo importante, en este pasaje lo importante no es comer hasta saciarse, sino buscar el alimento que sólo Dios nos puede dar.

Marcos nos ofrece otro ejemplo que nos puede ayudar a entender esto en el pasaje de la curación del parálítico, (Mc 2,1-12).

Lo importante no es la curación del parálítico, lo importante es que ha sido perdonado, la curación no es mas que el signo de que Jesús tiene poder para perdonar.

A nosotros quizás se nos escapa un poco la importancia del tema, porque hemos banalizado el perdón de Dios, si pecamos nos confesamos y a pecar de nuevo, para un Judío el perdón era mucho más difícil de conseguir, potestad exclusiva del Señor, que una vez al año en la fiesta de la Expiación, concedía el perdón, cuando el sumo sacerdote cargaba sobre un macho cabrío los pecados del pueblo y lo enviaba a morir al desierto. Para los cristianos el chivo expiatorio, el cabrón que cargó con los pecados del pueblo y fue enviado a morir fuera de la ciudad, fue Jesús el Cristo de Dios, lo acabamos de conmemorar en la Semana Santa.

Por eso a los oídos de un judío del siglo I, las palabras tus pecados son perdonados, sonaban a una terrible blasfemia, pues nadie sino Dios puede perdonar los pecados.

Pero los signos tienen un riesgo, ya conocemos todos el refrán que dice aquello de que cuando el sabio señala las estrellas, el necio mira al dedo, y desgraciadamente si los necios volaran nos resultaría imposible ver el sol.

Por eso Jesús les pregunta si le siguen por estar hartos de pan, por eso cuando se puso serio, cuando empezó con las exigencias, cuando les obligó a ir mas lejos que el signo, los que le seguían dijeron; “Dura es esta palabra, ¿ quien la puede oír? (Jn 6,60), y un poco mas adelante

Juan remata con esta frase contundente; “muchos discípulos se volvieron atrás y dejaron de seguirle” (Jn 6,66).

En la Renovación hemos visto no pocos signos y cabe que nos preguntemos que buscamos en la Renovación, que esperamos hallar en ella, que queremos encontrar.

Es una pregunta muy personal que cada uno debemos hacernos en nuestro corazón y seguramente cada uno tendrá una respuesta diferente.

Una respuesta que vendrá sin duda de la mano, de lo que hemos experimentado y vivido. Yo no conozco las respuestas de los demás, pero si que conozco la mía y por si a alguien le sirve os la ofrezco.

Antes que nada, para mi la Renovación, es una ruptura brutal en mi trayectoria vital, tomando prestada una frase del Cardenal Suenens, afirmo rotundamente que yo no he entrado en la Renovación, sino que la Renovación ha entrado en mi vida, y no ha sido una brisa suave, sino un violento huracán que lo derribó todo a su paso.

Y me dejó perplejo, sentado sobre las ruinas de mi vida, sin horizonte, sin saber ni que hacer ni dónde ir.

Escuchando la voz del profeta; “ yo restauraré tus murallas”...

Han pasado los años, muchos años, sigo esperando el día en que el Señor restaure mis murallas, viviendo en una tienda desvencijada, quemada por el sol y ajada por el viento. Sobre los escombros de mi vieja vida, han crecido las ortigas y las zarzas, yo sigo caminando sin un rumbo cierto sabiendo que no tengo aquí ciudad permanente, cruzo el desierto confiado en su promesa que se cumplirá en su momento.

Pero no camino solo, el Señor me ha arrancado de mi tierra y me ha injertado en un pueblo pobre y perdido como yo, un pueblo que camina buscando la huellas de su Señor para no perderse del todo, un pueblo que sueña con llegar al monte Sión, a una tierra nueva y feraz que mana leche y miel.

Un pueblo terco, de duro corazón y burro a mas no poder, lleno de gente bien intencionada, de buena gente y también de mala gente, cizaña que crece junto al buen trigo.

Un pueblo que ha visto la mano poderosa del Señor obrando prodigios y que sin embargo aún duda y se va tras cualquier becerro de oro a la que el Señor se da la vuelta.

Un pueblo pobre, insignificante, que no es el mejor de los pueblos de la tierra, no es el más santo, no es el más devoto, pero que es el que el Señor ha escogido para si, es el pueblo del que el Señor se ha enamorado perdidamente.

Un pueblo que llamamos Renovación Carismática, mi pueblo, mi gente, mi cruz y mi corona.

No son perfectos, ¿verdad que no lo somos? Quien este libre de pecado que arroje la primera piedra. Salimos de una alabanza que hace temblar los cimientos del local donde nos reunimos, y hacemos corrillos, nos vamos de cena, y cuidado, yo al lado de fulano o mengano no me siento, alabamos al Señor y nos despellejamos con igual o mayor entusiasmo.

Y eso por no hablar de los mierdecillas que buscan colgarse medallas, que hablan del Señor pensando en si mismos, que buscan tan solo el halago y el reconocimiento , que los aupen a un pedestal y les hagan reverencias, que se apropian de los carismas y su ejercicio, que dicen buscar al Señor y sólo se buscan a sí mismos.

O aquellos que buscan llenar un vacío en sus vidas, que no son nada en ninguna parte y buscan unas migajas de reconocimiento y también de cariño, todo hay que decirlo.

Pero yo prefiero pensar en los pequeñuelos de la Renovación, no diré nombres por no olvidar alguno, pero pienso en estas mujeres cargadas de años, con una vida dura y difícil a sus espaldas, que han encontrado la paz y la ternura del Señor en un grupo de gente que es como ellas, pobre, humilde, insignificante, un pequeño resto del rebaño del Señor, mimado por El,

que cuida de ellas como a las niñas de sus ojos, que las ama con una ternura increíble y las bendice con su Paz y su Misericordia.

Y hago balance de estos años junto al Señor, y le doy gracias por tanta bendición, por tanto amor, por tanta misericordia derramada.

Y mi alabanza se hace Letanía, mi Letanía de los Santos, de mis Santos, de los Santos que el Señor me ha Regalado en estos años y pronuncio su nombre con reverencia, con inmensa gratitud, con inmensa ternura.

Supongo que cada uno podemos componer esta hermosa Letanía, cientos de nombres algunos que ya han llegado a la Casa del Padre, otros que siguen caminando con nosotros, os invito a hacer este pequeño ejercicio de oración, empezando por ejemplo con los que ya han partido, y siguiendo por cada uno de los miembros de mi grupo; fulano, ora por nosotros.....

Antes he hablado de la cizaña que crece entre nosotros, tenemos que aprender a convivir con ella, llegará el tiempo de la siega, el tiempo de separar el grano de la paja, llegará sin duda, pero esa no es nuestra tarea ni nuestra vocación.

No hemos sido llamados a ser jueces ni verdugos, no, hemos sido llamados a ser un pueblo Santo, peregrino, que camina cruzando el desierto buscando la tierra que le ha sido Prometida y que un día alcanzará.

Señor, no buscamos saciarnos con el pan que enmohece y que a la postre nos deja mas hambrientos, buscamos saciarnos en Ti, te damos gracias por habernos sacado de nuestro Egipto, por llevarnos al Desierto, por conducirnos a través de las Tinieblas y la duda.

Gracias Señor, por injertarnos en tu Pueblo Santo, en tu Renovación, gracias por no dejarnos solos en mitad de la noche. Bendito Seas Señor.

A través de las tinieblas, condúceme.

Cardenal Newman

*A través de las tinieblas que me rodean
condúceme Tú, siempre, más adelante.
La noche es oscura
y estoy lejos del hogar;
condúceme, Tú, siempre mas adelante.
Guía mis pasos; no puedo ver ya
lo que se dice ver allá abajo:
un solo paso cada vez es bastante para mí.
Yo no he sido siempre así,
ni tampoco he rezado siempre
para que tu me condujeras.
Deseaba escoger y ver mi camino, pero ahora,
condúceme Tú, siempre más adelante.
Ansiabas los días de gloria y a pesar de los temores
el orgullo dirigía mi querer:
¡oh! No te acuerdes de esos años que pasaron ya.
Tu poder me ha bendecido tan largamente,
que aún sabrá conducirme siempre más adelante
por el llano y los pantanos,
sobre la roca abrupta y el bramar de l torrente
hasta que la noche haya pasado
y me sonrían cada mañana esas caras de ángeles
que había amado hace tanto tiempo
y que durante una época perdí.
Condúceme Tú, siempre más adelante.*